

mejor pueden contribuir en la recuperación de la historia local son los propios habitantes de las regiones. Con este libro queda en evidencia que, a menudo, no son necesarios cuantiosos recursos y sofisticados aparatos de investigación para adentrarse en el conocimiento de la diversidad cultural de nuestro país. Se requiere, más bien, dedicación, disciplina y compromiso con la labor investigativa, como se plasma en esta obra sobre los yaregués.

**Renán Vega Cantor**

Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## Otra mirada incompleta y parcializada a la Violencia

### *Violencia pública en Colombia 1958-2010*

MARCO PALACIOS

Fondo de Cultura Económica, Bogotá,  
2012, 218 págs.

EL LIBRO es una interpretación sobre el decurso de sesenta años de conflicto armado, el cual, desde 1985, adquirió un nuevo carácter, con nuevos actores como los narcotraficantes y los paramilitares, que no eran “enemigos absolutos”, por lo que se centra en el proceso inconcluso de formación del Estado-nación colombiano, sin dejar de lado la dimensión internacional, presentado en cuatro capítulos y un epílogo.

En el primer capítulo desarrolla teóricamente la expresión “violencia pública”, relacionándola con el continuo conflicto armado que ha sacudido al país desde 1945 al presente, con particular énfasis en el conflicto social, pues este último envuelve al primero. En aras de aclarar las palabras y su renovación permanente, que están inmersas en el proceso de violencia colombiano, adelanta un interesante balance, a lo largo del libro, sobre lo que se ha escrito en Colombia sobre el tema, en el que arranca con los aciertos y deficiencias de los dos

tomos del trabajo pionero de *La Violencia en Colombia* (1962-1964) de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, considerado como el primer hito bibliográfico sobre el tema. Al igual que otros muchos especialistas, coincide en afirmar que el estudio de Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia* (1978), es el segundo gran estudio sobre el fenómeno, seguidilla que continuó con los trabajos de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia* (1983), y los dos tomos de Daniel Pécaut, *Orden y Violencia* (1987) que, desde diferentes ópticas y enfoques, aportaron y enriquecieron los análisis y, sobre todo, suministraron puntos importantes de arranque para posteriores investigaciones, lo que se completó con el estudio colectivo *Colombia: violencia y democracia* (1987) en el que se contempló la categoría analítica de violencias.



En una segunda parte, Palacios describe los momentos de la Violencia, en el que muestra el desarrollo de las dos colectividades políticas tradicionales, el partido Liberal y el partido Conservador. También, presenta el contexto de los cuarenta años que cubrió la Guerra Fría, la cual se transformó, a partir de 1991, y en especial desde septiembre de 2001, por el de la lucha contra el terrorismo o el crimen organizado; en el trasfondo de ese proceso ubica la “modernización”, que tuvo implicaciones importantes en el llamado Tercer Mundo y, como es obvio, en Colombia, todo ello promovido por los Estados Unidos. La situación internacional tuvo particulares manifestaciones en el país; sin embargo, es extraño que no se analizó la doble moral de los Estados Unidos, pues a la vez que emprendió primero una lucha contra el comunismo y la Unión Soviética, y luego contra el

terrorismo y el crimen organizado, siguió vendiendo armas sin importar a quien.

En el capítulo segundo, se describe de manera esquemática la Guerra Fría y la revolución, en el decenio de los sesenta. Desfilan los diferentes intentos de la izquierda revolucionaria por “caracterizar” la sociedad colombiana para diseñar el “modelo” de revolución que debía desarrollarse en Colombia. Describe el desarrollo del marxismo-leninismo en Colombia, en el que tuvo mucho que ver las diferencias internacionales entre la Unión Soviética y China, sin hacer alusiones al socialismo y el trotskismo; proceso que generó diferentes facciones, tendencias y movimientos políticos, como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), y grupos armados como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) a partir de 1965, de tendencia castrista, el Ejército Popular de Liberación (EPL) desde 1966, de tendencia maoísta, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) a partir de 1966.

Bien mirado, este es un capítulo que reconstruye el trasfondo político de Palacios, su época de estudiante en la Universidad Libre, que coincide con la influencia de la Revolución cubana en el contexto colombiano. Analiza el programa estadounidense de la Alianza para el Progreso, enfatiza en lo tocante a la educación universitaria y la reforma agraria, como estrategias de modernización capitalista para combatir la insurgencia derivada de la Revolución cubana. Es un capítulo muy útil para entender el desenvolvimiento de las ideas marxistas-leninistas, tanto en su versión rusa y china, en los decenios del sesenta y setenta, en especial en la conformación de las guerrillas, su alineamiento internacional, su acción, en apariencia clandestina, en la ciudad y el campo, el reclutamiento de estudiantes universitarios, los problemas enfrentados por esos grupos, de los que destaca, sobre todo, sus fracasos y descalabros.

En el capítulo tercero, se refiere a la guerra contra las drogas, el escalamiento de la violencia y la guerra sucia. Como es el tenor general del libro, es un recuento sobre el comportamiento estratégico de la economía

colombiana, que de un énfasis en la industrialización, volvió a la economía cafetera, así como a la minería, y reapareció la exportación bananera a la vez que se consolidó la de las flores, pero, en forma simultánea, se fortaleció el narcotráfico y sus grandes ganancias, lo que implicó el desarrollo de una política antidrogas orquestada desde los Estados Unidos. En fin, se retornó a la economía primaria exportadora. A lo largo del libro Palacios recuerda hechos, quizá ahora olvidados, como el Paro Cívico Nacional del 14 de septiembre de 1977, o el papel del narcotráfico durante el decenio de los ochenta que evitó que Colombia no fuera tan afectada por la “década perdida”, que sí fue determinante en el resto de la América Latina, o la constante transformación de las estrategias de la lucha guerrillera, ora de guerrillas, ora de guerra de baja intensidad, etc. Es particularmente importante la comparación, en materia de narcotráfico y violencia, entre México y Colombia; y su constante interés por proporcionar una visión geográfica de las zonas en conflicto, asoladas por la violencia, etc., así como el comportamiento de la frontera de colonización respecto a la producción de drogas; de igual manera, la presentación del léxico, tanto guerrillero, de las drogas, del tráfico, de los paramilitares y su evolución. Pero es también notorio el olvido de ciertos hechos y circunstancias.

En efecto, al igual que muchos trabajos que han analizado el fenómeno del narcotráfico en Colombia, se evita hablar de las verdaderas causas que impulsaron el tráfico de drogas ilícitas. Para nadie es un secreto que si no hay demanda no hay producción, en Colombia lo uno y lo otro surgió a partir de la guerra de Vietnam, a donde los Estados Unidos envió a su juventud, toda una generación, “enmarihuana”. Antes de 1966-1967, en el país se consumía marihuana por parte de una minoría quizá “ilustrada”, recuérdese el famoso poema de Porfirio Barba-Jacob en el que se declara como “marihuano”, o las entrevistas y biografías del fotógrafo Leo Matiz, donde también dice ser “marihuano”, pero la necesidad del consumo masivo, no solo de marihuana, sino de drogas alucinógenas y

psicotrópicas, fue impulsada desde los Estados Unidos, la demanda aumentó en forma geométrica.

En sus siempre contradictorias políticas, los Estados Unidos, durante la parte final del gobierno de Richard Nixon, en 1974, cuando ya el consumo se había generalizado en todo el planeta, declaró la “lucha contra las drogas” y su erradicación, se adujeron motivos de Estado, pero no pensando en los consumidores, ni en las consecuencias del consumo, sino en la economía, pues las fabulosas ganancias iban contra la estabilidad del sistema capitalista, de ahí que la DEA no sea un departamento dependiente de la Secretaría de Estado o de la de Justicia, sino de la Secretaría del Tesoro. Es más, parece que ese organismo es el que regula el precio de la cocaína, pues la marihuana, como lo señala Palacios, dejó de ser un problema cuando, en el decenio de los ochenta, los Estados Unidos lograron cultivar y producir cannabis, pero la coca, por sus condiciones, no es posible cultivarla en los Estados Unidos, por lo que la “lucha antidrogas” se centró en la cocaína y en menor medida en la amapola, base del opio y la morfina. Algo más se dejó por fuera: la participación de la mafia estadounidense en el tráfico, pues, hasta donde sabemos, los cargamentos de cocaína incautada proveniente de los centros de producción no se quema ni se destruye, se la va sacando al consumo estadounidense según la fluctuación de los precios, de manera que la cocaína es colocada por los narcos colombianos en la frontera sur de los Estados Unidos a un precio determinado, el cual varía mucho de acuerdo al control y regulación, de allí hacía arriba los encargados del tráfico son cadenas de mafiosos estadounidenses y de otras nacionalidades. Es así como, por ejemplo, después del magnicidio de Luis Carlos Galán, cuando se desató una verdadera guerra, y las condiciones del tráfico fueron difíciles, el precio del kilo puesto en Miami valía nueve mil dólares, en Nueva York se duplicaba, y en ciudades septentrionales, como Chicago, era mucho mayor.

Si bien recuerda los atentados, entre 1986 y el 2000, del ELN contra la infraestructura petrolera y energética, y el crudo perdido, sin cuantificarlo,

no tiene en cuenta los gastos que generaron las reparaciones de los oleoductos y de las torres de energía, los que según parece “beneficiaron” de manera directa, en lo económico, a los habitantes de las regiones y comarcas afectadas. Así mismo, hace una ligera presentación de los hechos del Palacio de Justicia, de lo que sin duda tenía mucho más que decir, toda vez que era rector de la Universidad Nacional, y lo más sorprendente, no hace mayor alusión a la catástrofe de Armero, acontecimiento que ocurrió una semana después de la toma, y que por su magnitud contribuyó a calmar los ánimos respecto a lo sucedido en el Palacio, máxime que fue una “catástrofe anunciada”, cuya magnitud hubiera podido aminorarse.



En el capítulo cuarto, Palacios presenta la Paz cuatrienal, para lo que parte de una idea esencial: las eventuales negociaciones de paz solo pueden ser dirigidas por el presidente de la república, como responsable del orden público interno y la Seguridad Nacional, pero esa potestad cuenta con un problema: cada presidente ha llevado a cabo sus negociaciones de una manera autónoma, sin tener en cuenta lo hecho en el cuatrienio anterior, lo que ha dado lugar a una cadena de rupturas, sobresaltos e improvisaciones, incoherencias y bandazos, claramente reconocibles en el Diálogo Nacional de Belisario Betancur, la Reconciliación Nacional y el Plan Nacional de Rehabilitación de Virgilio Barco, las desmovilizaciones de algunos grupos guerrilleros de finales del gobierno Barco y del de César Gaviria, las negociaciones de paz del gobierno Gaviria, la paz integral o política de paz de Ernesto Samper, el proceso de paz y la zona del despeje de Andrés Pastrana, y el acuerdo de

Santafé de Ralito de Álvaro Uribe Vélez que, a diferencia de los anteriores, se adelantó con los paramilitares, pues el odio visceral de Uribe contra las Farc no le permitió “negociar” con el grupo guerrillero, por lo que emprendió una política de “mano dura”, escudado en la “guerra global al terrorismo”. En el trasfondo se narra por parte de Palacios, el nacimiento y fortalecimiento de los grupos paramilitares, a partir del año ochenta, y una cada vez mayor presencia del tema de los Derechos Humanos, temas ambos que han matizado los procesos de paz y, sobre todo, el conflicto mismo.

La interpretación adelantada por Palacios deja de lado temas concomitantes con la Violencia pública. En particular creo que asuntos públicos como la corrupción, el desprestigio del legislativo y en general de la clase política, la pérdida de valores en la sociedad colombiana, el evidente alinderamiento hacia la derecha y la izquierda, el radicalismo de los sectores de derecha frente a asuntos como el de las minorías, llámese étnicas, sexuales, etc., como también hacia la legalización de las “drogas ilícitas”, tienen mucho que ver con el curso de la violencia. Sin embargo, el conjunto del libro es útil en estos momentos en que se negocia un proceso de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc.

**José Eduardo Rueda Enciso**

Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública

## Una biografía que evoca la triste historia del liberalismo colombiano

*Rafael Uribe Uribe y el liberalismo colombiano*

VINCENT BAILLIE DUNLAP

Juan Santiago Correa Restrepo y Alberto Supelano Sarmiento (trad.)  
Universidad Externado de Colombia,  
Bogotá, 2010, 327 págs.

HOY, CUANDO el apellido Uribe tiene una fuerte connotación política

en Colombia, una biografía de un antiguo dirigente político liberal con ese apellido, que vivió entre fines del siglo XIX y comienzos del siguiente, puede estar revestida de un interés que, originalmente, no estaba destinada a poseer. Esta biografía fue una disertación del profesor Vincent Baillie Dunlap que tuvo lugar en 1979 en la Universidad de Carolina del Norte, en cumplimiento de los requisitos para grado de doctor en Filosofía del Departamento de Historia. Desde entonces, la disertación quedó guardada en su versión original en inglés y apenas en 2010 fue publicada esta traducción al español. Conocer y divulgar ahora esta biografía no solo va a servir para recordar al dirigente liberal asesinado en 1914 en el centro de Bogotá, con seguridad va a propiciar analogías entre el pasado y el presente de la vida pública colombiana.

Al libro, bien traducido en términos generales, le hizo falta un estudio preliminar o al menos una presentación por cuenta de los traductores; por ninguna parte aparece una explicación de los muy buenos motivos que acaso alentaron esta traducción. Les corresponde a los lectores imaginarse el porqué del literal rescate de este estudio biográfico olvidado. Eso sí, el hecho de que haya sido la Universidad Externado de Colombia la patrocinadora de la publicación sitúa bien el hecho editorial. Esta biografía del político Rafael Uribe Uribe es indispensable en cualquier análisis de lo que fue uno de los momentos más complejos de la historia del Partido Liberal colombiano; ese fin del siglo XIX y comienzo del siglo XX que fue traumático y a la vez decisivo para que el liberalismo colombiano, entonces minoritario electoralmente se erigiera, poco a poco, en un atractivo partido de masas que aupó o acompañó la transición moderna en Colombia en la primera mitad del siglo XX.

Estamos ante un concienzudo estudio biográfico, muy concentrado en la trayectoria política de quien fue uno de los grandes dirigentes de una etapa muy complicada del liberalismo colombiano. Es una biografía enteramente política, con pocas y ceñidas alusiones a asuntos de la vida privada y demasiado somera a la hora de examinar la producción intelectual del

personaje; aun así, no podemos negar que se trata de un estudio muy consistente en que el biografiado aparece debidamente puesto en situación. La biografía, para los historiadores, no es una concentración excesiva en la trayectoria de un personaje, sino, más bien, una minuciosa conversación entre la singularidad de ese individuo y el contexto en que éste tuvo presencia; es un diálogo entre el microcosmos y el macrocosmos que el autor de la biografía supo hilvanar.



Es inevitable, al leerla, pensar en el panorama muy incompleto y desigual de estudios biográficos en Colombia y, sobre todo, el débil nexo todavía existente entre la historiografía política y el recurso biográfico. La traducción de esta lejana tesis doctoral testimonia que, incluso, la muy sobria y llana historiografía estadounidense tuvo el atrevimiento de acudir a un género de escritura problemático, mal recibido y, sin embargo, un recurso de interpretación histórica arropado en una larga tradición. Hoy, la biografía en Colombia goza de más adeptos y no despierta las desconfianzas que la marginaron algunos decenios atrás. En este caso, se trata de una biografía que superó las miradas apoloéticas de algunos biógrafos uribistas y es, sobre todo, un estudio bien documentado, bien narrado y explicado que contribuye a desentrañar la mentalidad de la dirigencia política colombiana, a comprender cuáles han sido los principales componentes de eso que solemos llamar cultura política.

En esta biografía, en particular, tenemos una reconstitución no solo de una trayectoria política individual desatada que tuvo un desenlace trágico, sino que además logramos hacernos a